garlo. No necesito mencionar que es incapaz de gastar un solo centavo en él, basta con verlo, con la sotana raída y su reloj descompuesto. ¿Por qué usa un reloj que no sirve? ¿Por qué no lo manda arreglar?

Mi tío deja una estela de billetes a su paso: reparte monedas entre los mendigos, paga a los albañiles que trabajan en el templo y ya no halla a quién más incluir en su lista de favorecidos.

Hay fieles que acuden con puntualidad a sus misas y traen a nuevos prosélitos, a quienes les susurran al oído, señalándolo:

—Ése es el padre que dicen que se volvió millonario.

Los nuevos lo miran con las cejas levantadas, escuchan la homilía como si en verdad les interesara. Al término de la misa acuden a él con su rosario de peticiones y miran, con las cejas más arqueadas aún, cómo extrae, sin chistar, tantos billetes y monedas de su sotana.

Lo han asaltado varias veces por la noche, cuando se retira a casa, tan cansado que arrastra los pies, y los ladrones no dan crédito a su buena suerte: encontrarse con la única persona que siempre trae dinero, no como los demás muertos de hambre del rumbo, a los que no les alcanza ni para pagar el camión. Por supuesto que los agentes tardan en salir de su automóvil y trasponer la calle: una tarea complicada si se toma en cuenta que sus músculos se atrofian después de permanecer un día entero inmóviles. Los agentes llegan tarde, cuando los asaltantes se han ido, a preguntarle si no le hicieron daño, porque necesitan cuidar al sujeto de su investigación.

Cada vez que viene a visitarnos, lo veo desde la ventana, enfilándose por la avenida con pasos escurridizos: mi tío vacila, vuelve la vista de vez en cuando porque un automóvil lo sigue a corta distancia, mientras los vecinos salen de sus casas y extienden la mano hacia él: un hombre con el rostro chupado, que no se da abasto ante la pobreza de manos infinitas, que reciben de él, no la hostia de harina que se disuelve al contacto de la saliva, sino el metal de las monedas que tardan un poco más en abandonar esas manos crispadas.

Sube las escaleras del edificio con tal lentitud que la puerta abierta lo espera largo rato. Saluda a mi madre y le entrega algunas rosas recién cortadas. A mis hermanos y a mí nos pide las alcancías para retacarlas hasta que casi revienten. Mi madre observa las manos nerviosas de mi tío: su mirada es impenetrable.

—Gracias, Pepe, eres muy bueno. No deberías...

Andrés Acosta